

La voz del silencio

en Huéspedes de la memoria,
obra poética en prosa de Reyna Rivas

José Antonio Romero

[...] la muerte es sin duda, el más esencial de los accidentes del lenguaje (su límite y su centro) [...] Quizá la configuración al infinito contra la pared negra de la muerte es fundamental para todo lenguaje desde el momento en que no acepta circular sin dejar rastro.

Michel Foucault. *El lenguaje al infinito*

El silencio esencial es el que está en la palabra misma como residencia, como su morada: es el silencio que dicho, entredicho, visto, entrevisto, constituye nuestro hablar esencial. *Ramón Xirau. Palabra y silencio.*

Dos principios sirven de fundamento a la presente dilucidación. El primero de ellos nos viene de Heidegger y expresa que “es posible que un poeta llegue a un punto en que necesita llevar al habla la experiencia que hace él mismo propiamente con el habla”¹. El segundo nos viene de Gadamer y señala que “el poema es en sí mismo un diálogo, un autodiálogo”². Así, partiendo de las afinidades y coimplicaciones vinculantes de estos dos principios, iniciamos nuestro recorrido hacia los mismos confines del lenguaje poético, atravesando sus grietas y hendeduras para experimentar sus límites y afueras y dar, con la escritura de Reyna Rivas, un salto a los abismos del silencio, la palabra, la memoria y el olvido. Partamos en nuestro itinerario, del silencio, recordando otra vez con Heidegger que el verdadero diálogo con el poema único de un poeta es el diálogo poético entre poetas; y no obstante, es posible, e incluso necesario, un diálogo entre pensamiento y poesía, *pues a ambas les es propia una relación destacada, si bien distinta, con el habla.*

Más allá de constituirse en el umbral que instauro el horizonte sonoro necesario a la palabra para resonar y alcanzar su consistencia ontológica, el silencio es, como lo ha apuntado la indagación fenomenológica heideggeriana, el abismo sin fondo en que la palabra pronunciada se hunde para brotar y surgir en vacía plenitud desde ese desfondamiento, donde se produce una misteriosa suerte de despojo que hace de la lejanía y de la ausencia una omnipresencia, empero, siempre oculta cuanto más cercana está a nosotros³.

El silencio en el que tiene morada la palabra, la hace portadora de sentido, por cuanto aquel constituye en sí mismo la esencia de la palabra: su presencia oculta, comprensiva, y oyente. toda vez que el silencio revela y ocultando la realidad última de la palabra, *aquello* que constituye «lo más originario e inicial». Tal esencia es también una escucha silente que adviene del silencio dicente.

Así, el lenguaje de la poesía encarna tal proceso en busca del latido, de la respiración y palpitación inicial presentes en cada palabra, en cada letra que emerge desde la infinita posibilidad siempre abierta, fecunda vivificadora (y aun aniquilante) del silencio en su callado curso, corriendo cual río de sangre en el poema por las venas de las palabras.

Del silencio, resguardado en el decir poético, deviene la palabra en temporalidad y memoria, desde las olvidadas y oscuras profundidades ocultas tras las redes sutiles y las superficies refractantes y espejeantes del lenguaje. Veamos entonces el régimen de dicho ocultamiento en la elucidación planteada aquí sobre el poemario *Huéspedes de la memoria* de Reyna Rivas.

Los vocablos ocultamiento y olvido en griego antiguo se asocian al sentido de la palabra *lethe*. *Lethe* también es el nombre de una divinidad griega hija de Eris, la Discordia, y madre de las tres Cárites (las tres Gracias). Y el Leteo, río infernal de la mitología griega, recibe este nombre, por cuanto tiene el poder de infundir el olvido en las almas de los muertos que beben de sus aguas antes de penetrar al inframundo, y cuando van a reencarnar en nuevos cuerpos.

De allí que la verdad para los antiguos helenos fuese entendida también, y sobre todo, como desocultamiento y recuerdo: *alétheia*. Para Platón, así como para los acólitos de su escuela, conocer era fundamentalmente una reminiscencia (*anamnesis*), una recuperación y salvamento de la memoria oculta en los más recónditos ámbitos del alma del filósofo. Una rememoración de los eternos arquetipos vistos o entrevistos en el *topos hiperuránico*, antes de perder el alma inmortal sus alas, y caer en la prisión terrena del cuerpo-tumba (*soma sema*) durante sucesivas transmigraciones. Así, para la tradición grecolatina el olvido

es hermano del Sueño y de la Muerte, y su alegoría ha sido cantada desde la antigüedad por los poetas.

Por su parte, los antiguos griegos, atribuyeron a Mnemosine (la Memoria), hija de Urano (el Cielo) y Gaia (la Tierra), el arte de pensar y la imposición de los nombres convenientes a todos los seres y las cosas. La diosa, de acuerdo con el mito, crea las palabras para darlas a los hombres, preservando en ellas la rememoración de lo que corresponden. Por ello, la palabra como don y designio de la deidad salvaguarda la memoria prístina de todo cuanto es. Las Musas, hijas de la Memoria y consabidas protectoras e inspiradoras de los poetas, nacieron, al cabo de un año, de las nueve noches en que Zeus la amó en el monte Pieiro.

Visto así, la poesía constituye el lugar por excelencia de la memoria en cuanto vela y revela un saber inicial (fundante) acerca de lo real, olvidado, oculto, sumergido en el silencio. Este constituye la instancia primera y última donde brota y emerge la palabra instaurando el juego de la memoria y el olvido.

La rememoración de estos mitos nos permite vislumbrar el modo en que el juego de la memoria y el olvido nos hace estar a la escucha de aquello que viene dándose como permanente búsqueda y encuentro, presencia y ausencia, venida y alejamiento de «lo inicial», inaugurado en el canto silencioso surgido en y desde el habla poética.

Oigamos entonces el tono ingravido con el que nos habla y canta Reyna Rivas en el siguiente poema en prosa (marcado como el tercero con numeración latina) en el poemario *Huéspedes de la memoria*:

(III)

Lenguaje universal el que nunca alcanzaron las palabras.
Con él nos entendemos, tú, los otros, lo imposible y yo.
Nada es de nadie y sólo un gran amor que envuelve las
cosas y los hombres nos determina y aprende a llamar-
nos de algún modo.

¿Perderemos allí toda apariencia?

Alguien nos regaló un día cualquiera un nombre hermoso.

Habíamos escrito unas cuantas palabras sobre un pliego
y ese mismo día se nos llamó poetas.

¿Y qué dijimos? Comenzarán un día a morir nuestras
voces, tantos nombres que hoy nos cuentan fábulas,
historias, canciones olvidadas.

Y estaremos allí, en el paraíso del entendimiento, hablándonos
con ese lenguaje universal que no llegará
jamás a ser palabra.

El habla poética de Reyna Rivas trae desde los umbrales silenciosos de la palabra una puesta en crisis de la aprehensión logocéntrica de lo real aproximando una experiencia de sus bordes que, desde el mismo

lenguaje, presagian de éste su anulación, y anuncian el ingreso a no lugar donde la palabra en su no ser, y aun en su misma nada -pues la palabra no tiene ser sino que es su *casa o templo-*, abre y augura las posibilidades de un entendimiento allende al habla misma. El poema entonces deja dicho lo que aún queda sin decir, preservando en y para sí «lo indecible».

Surge en el presente poemario un nuevo y distinto resonar de la palabra desde los oceánicos abismos del silencio, y queda entreoído y entrevisto que, tal como lo señaló Heidegger en sus exégesis de la obra de Hölderlin (así como en diversas consideraciones ontológicas), en la poesía el silencio es al lenguaje como la muerte a la existencia⁴.

En efecto, la palabra surgida desde el silencio, traspasada y quebrantada por él, hace aparecer el ser como el darse de la cosa misma, pero en forma paradójica por cuanto el ser no se da desde las extraterritorialidades del lenguaje, como si estuviese más allá de la palabra, o como algo anterior a ella e independiente de ella, sino que se da como «efecto de silencio», al cual Heidegger llama «El sonido del silencio» (*Gelaut der Stille*). Por cuanto no puede darse una apertura del mundo sino como fundación de lenguaje, que es también él mismo un despliegue de la temporalidad, del horizonte del mundo y de la existencia como continuidad histórica. Mas si tal fundación se efectúa en referencia a la muerte, entonces el *Dasein* (*ser-ahí, ser-en-el-mundo* que «somos cada uno de nosotros») se constituye como un todo continuo sólo en referencia a una discontinuidad esencial, es decir, el abismo que, en la base de la continuidad de la experiencia, nos permite asomarnos a la nada y la muerte. Así, el aparecer de la cosa misma como epifanía (o *parusía*) nos invita al encuentro con lo esencial que atesora en el misterio de su silencio la palabra; al participar en el esplendor y el ocaso del lenguaje, en el que ser es integrarse ya en modo pleno a la muerte⁵. Mas esto no debe interpretarse como aniquilación suicida, sino como comprensión de nuestra *radical finitud* en el despliegue temporalizante que nos acerca inexorablemente al *ser sido*.

La palabra auténtica guarda en su secreto el misterio que nos funda, el misterio que somos, guardando también el secreto del mundo, por cuánto el esenciar verbal de la palabra, en tanto que esenciar dicente, nos pone invisiblemente, y aun en lo hablado en presencia de las cosas en tanto cosas, trayéndolas al resplandor de la palabra.

Por ello, cuando Heidegger enuncia que «un *es* se da cuando se rompe la palabra» está anunciando el simultáneo esplendor apagamiento de la palabra una vez que ha traído a la luz al ser *encosando las cosas en ella*. Así dirá que el romperse de la palabra quiere decir que ésta

al resonar regresa a lo insonoro donde es concebida. De allí que *el fulgor repentino de la palabra ilumina la relación esencial entre muerte y habla*⁶.

El poeta Roberto Juarroz hablando, acerca de esta *condición humana*, en términos diferentes pero de idénticas implicaciones planteó como hecho radical el que de pronto nos encontramos existiendo y el que caigamos en cuenta de la existencia de otros con nosotros, y aun antes de nosotros existir. El darnos cuenta de ello nos hace saber que *vamos a dejar de existir en brevísimo plazo*. Las explicaciones, cuerpos de ideas, doctrinas y dogmas que pretenden darle a todo esto una coherencia y una significación no nos conforman. Lo prioritario consiste entonces en situar al hombre en su absoluto despojamiento, para que surja lo que podríamos llamar como *el milagro*. Pues ¿qué sentido tendría que en esta situación el hombre creara algunas formas que en apariencia también se van a deshacer? Todo ello es según el parecer de Juarroz, un quehacer en el abismo, vinculado con el sentido de los límites⁷.

Tal es, por su parte, el sentido del breve poema marcado con el número XXIX, en *Huéspedes de la memoria*:

Te he atado, muerte, con la vida.
te he enseñado a estar entre los vivos.
En cada intención hay un pedazo tuyo que se cumple.
¿Acaso nos aseguraron que éramos comienzo y que
hacia el fin marchábamos?
En esta dualidad te siento, enredada en la substancia
de la mínima historia que me va construyendo.

Y no parece ser otro el sentido oracular de estos últimos fragmentos mánticos del poema primeramente citado:

[...] Comenzarán un día a morir nuestras
voces, tantos nombres que hoy nos cuentan fábulas,
historias, canciones olvidadas.
Y estaremos allí, en el paraíso del entendimiento, ha-
blándonos con ese lenguaje universal que no llegará
jamás a ser palabra.

El poema presagia un habla inefable, evidenciando en tal paradoja la limitación e insuficiencia propia del lenguaje discursivo (racional). Con ello la voz poética de Reyna Rivas en *Huéspedes de la memoria* pasa a formar parte de aquello vislumbrado en las más antiguas y venerables tradiciones y sabidurías del mundo oriental y occidental, como el taoísmo, la meditación zen, el misticismo sufí o la mística cristiana, recuperadas por una buena parte de la poesía moderna y contemporánea, pues es común a todas ellas el abandono de la palabra por la en-

trega contemplativa; por cuanto el estado contemplativo se da sólo cuando los muros del lenguaje han sido derribados y las palabras socavadas han sucumbido en el mismo lugar de su procedencia; entonces es posible acceder a un entendimiento total e inmediato.

George Steiner ilustra este proceso de abandono místico de la palabra, de la manera siguiente:

El koan zen —conocemos el sonido de dos manos que dan palmas: ¿cuál es el sonido de una sola?— es un ejercicio de verdaderos principiantes en el abandono de la palabra. La tradición occidental sabe también de la trascendencia del lenguaje hacia el silencio. El ideal trapense se remonta a abandonos del habla tan antiguos como los de los estilitas o los Padres del desierto. San Juan de la Cruz expresa la austera exaltación del alma contemplativa al romper las ataduras del entendimiento verbal común. Cuando se logra ese entendimiento, la verdad no necesita sufrir las impurezas y fragmentaciones que el lenguaje acarrea necesariamente. En la verdad última, pasado, presente y futuro se abarcan simultáneamente⁸.

La verdad última hallada en los abismos del silencio está vinculada con un olvido: el olvido de la palabra perdida, el olvido del *lógos* primigenio que cobija en su interioridad aquel saber absoluto, aquel entendimiento total, aquella «sabiduría del silencio» posible de alcanzar y recordar por la vía contemplativa y por las revelaciones de la poesía. La palabra quebrada por el silencio muestra, como también lo ha señalado María Zambrano, que *la verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse sin que ninguna otra presencia se mezcle con la suya desfigurándola*⁹. El fundamento de tal verdad sólo se halla en las fronteras del lenguaje, en la zona silenciosa de lo inefable, y es posible de ser alcanzado únicamente en *una dimensión no superadora, más allá de la palabra*¹⁰.

Así, la verdad entendida aquí en el sentido griego originario de *revelación y ocultamiento* cobra presencia inefable. Tal como también lo ha aseverado el poeta José Ángel Valente, la palabra poética se transfigura transmutándose en el lugar no del decir sino del aparecer, un ámbito de la presencia, un espacio de la más originaria epifanía. Así lo indecible en cuanto tal aparece o se muestra en el poema, por cuanto éste no dice, no afirma ni niega, sino que hace signos; significa lo indecible, no porque lo diga, sino porque el poema constituye el ámbito central o punto instantáneo de la manifestación. Por ello el poema, la palabra poética o el lenguaje poético nunca hallan cabida en el lenguaje continuo del discurso, sino que suscita su discontinuidad o su abolición radical. De allí surge el que sea propio de la palabra poética *quemarse o disolverse en la luz o en la transparencia de la aparición*. El poema se instaura

como el lugar privilegiado donde se cumple la nostalgia de la disolución de la forma, y el lenguaje queda allí en suspenso, *detenido o destumbrado por lo que en él se manifiesta*. Más aún, la disolución del lenguaje, conduce al ocaso las nociones de espacio y tiempo, incluyendo a la noción del sí mismo o del yo¹.

¿Qué revela entonces la palabra despojada, hundida por el naufragio del lenguaje en los abismos del silencio, llevada hasta la misma denegación? Revela otro reino aún más alto, que puede concebirse como reino de comunión con el ser, acercándonos a la esencia retenida por la palabra: el misterio de lo que prevalece en ella ausente en la lejanía². Así se aprecia en los poemas XXII y X de *Huéspedes de la memoria*:

(XXII)

Todo se abraza en esta total conjunción del universo.
En cada gesto o palabra podemos encerrar el mundo.
No hay comienzo ni fin.
Y porque en otra orilla acaso fuimos pájaros, pedimos
para volar el gran techo del cielo.
Tan sólo así habremos sustituido la herida y el dolor
de esta desgarradura sin edad ni memoria.

(X)

Todo amontona un sin fin de palabras.
La lluvia cae y trae nombres: agua, frescura.
Sobre la piel resbalan verbos.
Y con los nervios pregonamos un alfabeto que no
aprendimos nunca.
Comienza en él la vida y un diccionario nuevo en el
cual cada nombre se niega a admitir otra definición
que no sea su presencia original, su vestidura intacta
todavía.

Detengámonos un poco en este último poema para ver cómo en la más pura entraña del cuerpo (consabida metáfora de la escritura y el lenguaje) se produce entonces la revelación del reino más alto, la revelación del ser, por cuanto con los nervios pregonamos un alfabeto nunca antes aprendido. Adviene de ese modo a la presencia original aquello aún resguardado en la palabra quebrada por el silencio que late como un corazón vivo y palpitante en cada nombre (Pierre Seghers), con su vestidura intacta todavía. El cuerpo metafórico del lenguaje inaugura en el decir de Reyna Rivas un habla que procura que la palabra como nombre convoque hacia sí misma, esa palabra interior, escondida, que permanece perpetuamente abierta en el interior de sí. Ese cuerpo metafórico no es otro que el quehacer poético como experiencia de la interioridad de la palabra, el cultivo de la memoria que es la memoria inscrita en los nervios y en la carne metafórica que son también las letras.

Así, el poemario *Huéspedes de la memoria*, nos recuerda que en el recinto más interior de la palabra, resguardado y oculto y más allá de los últimos confines del lenguaje, habita la presencia develadora del misterio, cuyo vislumbramiento halla refugio en el acallarse implícito de la palabra, cuando esta resuena emergiendo y hundiéndose en el silencio. De este modo la palabra poética reposa en la intimidad del ámbito abierto por *aquello mismo* que habitando en ella la trasciende.

Bibliografía

Directa:

Reyna Rivas, *Huéspedes de la Memoria*. Caracas: s.e.,1957.

Indirecta:

George Steiner, "El abandono de la palabra" en *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 1982.

Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1987

Gianni Vattimo, "Heidegger y la poesía como ocaso del lenguaje", en http://www13.brinkster.com/heidegger/poesia_como_ocaso.htm

Hans-Georg Gadamer, *Poema y diálogo*. Barcelona: Gedisa,1993.

José Ángel Valente, «Verbum absconditum», *Variaciones sobre el pájaro y la red. Precedido de la piedra y el centro*. Barcelona (España): Tusquets, 1991.

Luis Llera Cantero, "María Zambrano y la tradición mística española" en *El Basilisco* (España), N°21(1996), <http://www.uniovi.es/uniovi/apartados/otros/files/rbas2129.htm>

Martín Heidegger, "La esencia del habla", en http://www13.brinkster.com/heidegger/esencia_habla.htm

Roberto Juarroz, *Poesía y creación. Diálogos con Guillermo Boidó*. Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, s.f.

Notas

¹ Martín Heidegger, "La esencia del habla", en http://www13.brinkster.com/heidegger/esencia_habla.htm

² Hans-Georg Gadamer, *Poema y diálogo*. Barcelona: Gedisa,1993, pág. 150.

³ Cfr. Gianni Vattimo, "Heidegger y la poesía como ocaso del lenguaje", en http://www13.brinkster.com/heidegger/poesia_como_ocaso.htm

- ⁴ Tal como lo indica Heidegger, los seres humanos en tanto poseen la capacidad de *hacer la experiencia con la muerte como muerte* también pueden hablar; a diferencia del animal que no es capaz de hablar ni de *hacer la experiencia de la muerte como muerte*. Véase Martín Heidegger, "La esencia del habla", en http://www13.brinkster.com/heidegger/esencia_habla.htm
- ⁵ Cfr. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1987, pág. 67.
- ⁶ Véase Martín Heidegger, "La esencia del habla", en http://www13.brinkster.com/heidegger/esencia_habla.htm
- ⁷ Roberto Juarroz, *Poesía y creación. Diálogos con Guillermo Boido*. Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, s.f., pág. 25.
- ⁸ George Steiner, "El abandono de la palabra" en *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 1982, pág. 34 ss.
- ⁹ María Zambrano cit. por Luis Llera Cantero, "María Zambrano y la tradición mística española" en *El Basilisco (España)*, N°21(1996), <http://www.uniovi.es/uniovi/apartados/otros/files/rbas2129.htm>
- ¹⁰ Id.
- ¹¹ José Ángel Valente, «Verbum absconditum», *Variaciones sobre el pájaro y la red. Precedido de la piedra y el centro*. Barcelona (España): Tusquets, 1991, pág. 203.
- ¹² Véase Martín Heidegger, "La esencia del habla", en http://www13.brinkster.com/heidegger/esencia_habla.htm